

Emilio Zola

Zola es a la Novela actual, lo que Esquilo fue a la Tragedia griega: el gran Monte Sagrado, de cuyas entrañas prodigiosas se extrae todo el pentélico de las Obra actual y del Arte futuro;

el uno, ha llevado a su amplitud natural la Novela contemporánea, como el otro, llevó a su apogeo, la Tragedia griega; desmesuradamente engrandecida...

Su genio doma todas las cosas y parece dar como un ritmo nuevo a la plástica del Arte;

ellos, fueron, como condensación y la expresión del genio de su tiempo;

Zola, representó toda la intelectualidad rebelde y fuerte de la última mitad del siglo último;

y, la llenó toda, como la inundación de un gran río de Belleza y de Fuerza;

la llenó toda; duplicándola, y reflejándola, como el cielo en una gran mar calmada...

lo inmenso residía en él, como en un abismo hormigueante de seres y de cosas, en cuya cavidad dormía inacabable el rayo plutoniano de la Vida;

Zola, confina, por un lado con Homero y, por el otro con Esquilo;

¿No lo veis de un lado, enorme, como un monte de la Thesalia, lleno de un rudo candor, y del otro, negro, como un pico del Cáucaso, lleno de un salvaje horror?

El buitre del Prometeo y las palomas de Idalia, se aposentan al igual sobre sus cimas;

en ciertos momentos, ¿no os parece como un elefante blanco, que atravesara una selva siámica, coronándose al paso de laureles y rosas virginales?

yo, no encuentro, con quién comparar a Zola sino con Homero;

la misma vastitud del paisaje, el mismo horizonte de visión, ilimitado...

el epíteto homérico, canta en él, con una ruda simplicidad que es casi una inocencia...

el torbellino de la metáfora esquiliana, no le es extraño, ni su salvaje idealidad;

todo lo grande crece en la zona excesiva de sus creaciones con la terrible fecundidad de una fuerza ciega de la Naturaleza;

los genios, son eso: una región de Enormidad; y, Zola, fue eso: un Genio;

¿gritaréis, a la paradoja, si os digo que Víctor Hugo y él, fueron los dos más grandes poetas del siglo XIX?

con su enormidad lo llenaron todo;

¿habéis visto una pirámide de Memphis, sobre la cual fulgura el sol con una belleza agresiva?

así Zola;

y también la Esfinge vela, cerca al monumento desmesurado;

porque hay del Misterio, silencioso y taciturno, en esa mole de orden ciclópeo, en perpetuo alumbramiento de cosas vastas y sublimes;

su complejidad, lo corona a veces, de una flora exótica, flora rudimentaria, como de una selva en el alba del mundo, o violenta de fiebre, como la flora acuática de una madrepora virgen;

yo, amo mucho a Zola, por su obra heroica, y por su vida, heroica;

por ese largo salmo de heroicidad que fue su tarea de demolidor de escombros, de sembrador de verdades, en una hora indecisa y crepuscular;

su actitud violenta, inmutablemente vuelta hacia la Justicia, me seduce tanto como su obra excelsa, tenazmente orientada hacia la Verdad;

y, es que yo tengo en el corazón, además del culto de lo bello, el culto de lo sublime, la religión de lo heroico;

pero no, de lo heroico, material y carnicero, a la manera de Carlyle; eso, no;

para mí, no hay gesto sublime, ni siquiera gesto bello, esbozado fuera de la Libertad;

y, menos: contra la Libertad;

a mí, la Fuerza, ni me doma, ni me seduce;

¿qué queréis?

Yo, no sé admirar a Alejandro, que me parece un bruto bélico, casi en nada distinto de Bucéfalo, el corcel que llevaba a la victoria su terrible animalidad de asesino coronado;

a pesar de mi cariño por la noble intelectualidad de Julio César, no puede admirarlo, desde que jinete, en aquel caballo, que al decir de Suetonio, no tenía cascos, sino garras, pasó el río sagrado para asesinar la República;

de aquel condotiere epiléptico, tan miserablemente fatal, que fue Bonaparte, yo, no sé admirar nada: ni siquiera lo inmerecido de su fortuna;

yo, no amo sino el heroico moral: el Sublime noble;

por eso amo a Zola;

y, amo su obra titánica y genésica;

genésica digo y digo bien —con reflexión pongo el vocablo— porque con él expresar quiero, la aparición y fundación, que ha de ser perennidad, de un método de novela;

antes de Zola, la novela existía, pero la novela realista, así como flor de método y de escuela experimental, no existía;

no me habléis de Stendhal, a ese respecto;

lo admiro ilimitadamente;

pero, su zona de acción era otra; otra su escuela; otras sus tendencias; su método otro; otro su Ideal;

él, vagaba por los laberintos del sentimiento y las estratificaciones de la conciencia; por las cristalizaciones de lo mórbido; por el jardín hasta entonces cerrado de la emotividad pasional; por los prados vírgenes de la histeria;

fue un psicólogo; rudimentario, es verdad, pero instintivamente profundo;

fue el Iniciador, de esa novela psicológica, que Paul Bourget, había de fatigar y deshonestar después, en sus cuadros de cristalización y síntesis, de los fenómenos mórbidos del alma, que él llamó, en alguna parte: “des planches d'Anatomie morale”;

pero, no fue un sociólogo, no fue un artista, no fue un poeta;

su obra carece de trascendencia y de Belleza: es decir de Arte...

añadid a eso, que es huérfana de la música de la frase, que le falta el encanto melodioso de la cláusula rítmica, y diréis conmigo, que su obra está más cerca de la ciencia que de la Estética;

el estilo es la música de la palabra, el alma de la obra de Arte;

sin él, el pensamiento nace informe, inerte, herido de ataraxia;

su desnudez es deforme, como la desnudez de un feto;

el estilo es la voz del hombre, que da vibración a lo infinito...

puede haber un pensador que no tenga estilo;

pero, no se es un gran escritor, sin un gran estilo...

el estilo, es la garra que denuncia al león...

cave leonem...

y, Stendhal, no tenía estilo; ese estilo de escribano, no es estilo de escritor;

he ahí por qué es incompleta su obra...

falla será ante el tribunal del Arte;

y, si el estilo es la marca y la gloria del Genio;

ya veis cuán lejos está Stendhal del Genio y de la Gloria;.....

.....y, ¿los Goncourt?

¡admirables benedictinos del Arte!; ellos, fuerzan la estimación, ya que no la admiración;

su ciencia hermética y claustral, aplicada a la fabricación del preciosismo en la frase, al cultivo del epíteto raro, en su jardín de ideologías

linearias y exiguas; su arte de cerámicas pálidas, de mayólicas wateau-nianas y luisquinentistas, de Sévres a lo Corot y porcelanas a lo *Parc des Cerfs*; su orientalismo de tapicería, especie de Delacroix, en gobelinos; sus japonerías exóticas, arte de biombos y abanicos; sus pastorales *rococó*, de un bucolismo arcaico, todo su Arte de *bonbonnière* y su bibelotismo apasionado, es de un raro mérito, clamoroso hacia la gratitud, porque es un alto y noble esfuerzo de pasión solitaria, de ascetismo orgulloso y contemplativo, ante lo único digno de admiración, después de la Libertad: la Belleza;

pero, esos nobles cenobitas, que cultivaron su jardín de Arte en el desierto, no nos dejaron de su soledad jerolimítica, sino bellas frases, esbozos de psicología, incompletos, colección de preciosidades, un bric a brac, que oscila entre el Museo y la prendería, y una flora extraña y delicada, digna de piadosa conservación;

pero, fundadores de un sistema...

eso no fueron ellos

la psicología los poseyó; pero, las almas por ellos creadas, todas enfermas, todas pequeñas, no tienen ninguna la alta talla humana, de la creación zolaica;

Germinie Lacerteux, Madame Gervaisais, Manette, Salomón, Soeur Philoméne, la Fille Elisa... pequeñas miniaturas de crimen, muñecas de histeria o de sensualidad, todas de un vicio diminuto, que hacen pensar en una Lilipucia corrompida, en libélulas venenosas, apenas visibles, ante la sombra de ese gran carnívoro social, de ese antropoide domesticado que ruge y enarca el cuello, y tiende las zarpas, en la Bestia Humana;...

esa novelación de acuarela y cera-laca, marca la aptitud de dos artistas excelsos, pero no marca la aparición de un Arte;

¡cómo palidecen y se borran, estos dos orfebres delicados y sensitivos, tendidas las manos de hadas, hacia el esmalte inconcluso, ante el incendio de la fragua en que diseña su gesto plutónico, aquel Tubalcaín de la Novela, que fue Zola;

antes de él, la Novela pertenecía al buril de Benvenuto; él, se encargó de tallarla en mármol;

fue el Miguel Angel, de su siglo;

desde la antigüedad, la Novela, no había pasado tierra firme;

entre los griegos, era un ejercicio oratorio;

lo maravilloso era su Musa;

la descripción oratoria de una serie de aventuras maravillosas, que se ven más allá de la Isla de Thule;

Achile Tatius, escribió la Historia de Clítophon y de Leucippo, también sobre cosas inverosímiles y maravillosas, con la retórica inflada de un sofista;

Xenophon de Ephese, Chariton, Eumathe, Teodoro Pródromo, se ensayaron, también en el cultivo de esta que no era, sino una rama de la retórica, el cuento heroico, la diminución de los grandes poemas épicos;

los rapsodas fueron puestos al pillaje;

y, de Homero a Hesíodo, nadie narró, hecho heroico o maravilloso, que no fuese luego deshonrado por la imitación de aquellos noveladores de lo absurdo;

y, ¿Daphnis y Cloe? me diréis;

y, ¿Longus?

también retórica sentimental, y bucolismo de sofista, y sofista y retórico él también;

el Poema heroico, en la forma del *Ariosto* y la *Jerusalén libertada*, llena toda esa época de barbarismo cristiano, que se llamó, la Edad Media;

el *Decamerón*, es como la larva maravillosa del cuento futuro;

y, Bocacio, es como un Anatole France, que no hubiese llegado aún a la madurez del genio;

picaresco, sutil... un amor de narración;

los libros de caballería, sucedieron al Poema en verso;

Don Quijote asomó su silueta dementizada, en el confín de los llanos polvorientos de la Mancha;

lo sublime ridículo bastardeó el Genio;

y, la sombra de Amadis, cubrió toda la tierra;

el siglo XVIII, en su preciosismo ridículo y su bucolismo sentimental, nos dio aquella primera floración, de feminismo escritor, que con Madame de Genlis y Mademoiselle de Scudéry, asaltó la novela, con más suerte e igual talento que el feminismo de ahora;

hay quien da todavía, a esas narraciones, el nombre de novelas;... el Diccionario sirve para todo, y no protesta jamás;

Voltaire, en *Cándido* y Diderot, en *Le Neveu de Rameau*, llegaron a hacer Obras Maestras, sin llegar sin embargo a hacer novela;

el Arte de la novelización apareció en el Siglo XIX bajo los auspicios de una mujer: aquella terrible virago, que fue Madame Stael: Corina, lo inició;

el lirismo selvático de Chateaubriand, nos dio por entonces, a Atala, y, su hamletismo católico nos dio a René, aquel antecesor brumoso de todos los cerebrales, cuya emotividad aguda y fría sensualidad ha fatigado la novela contemporánea, hiperbolizando la fiebre de pensar.

el oresticismo de Goethe, nos regaló a Werther, biblia del sentimentalismo y de la intelectualidad mediocre, donde el erotismo tierno es casi una castidad, y el sensualismo blanco adquiere la apoteosis de una virtud;

en esa tempestad de sollozos y de lágrimas convencionales, una obra apareció, enigmática y rara, llena de una voluptuosidad de pensamiento nueva hasta entonces, de un instinto de vida psicológica, unilateral, exóticamente enunciado, en un lirismo frío; obra germinal de todas las angustias psíquicas y pasionales, que hoy agitan con rudeza, el alma contemporánea: Obermann, por Senancourt;

con Adolphe de Benjamín Constant, la novela, prisionera aún del wertherismo, comienza a hacerse intelectual, la emoción del pensamiento se cristaliza, se ve ya la vida, la vida cerebral, aparece, lejos de la emotividad del corazón, y, al salir de las selvas del romanticismo a outrance, se entra ya, en el dominio de la superioridad mental, en las orientaciones hacia la victoria definitiva del Yo consciente: la novela de la Energía Individual nace allí;

y, yo diría que Benjamín Constant, con Adolphe, era el iniciador del Superhombre, en la novela, de ese género de la epopeya íntima, del heroico espiritual, del Triunfador, que Wagner primero y d'Annunzio después, han llevado el más alto grado de luminosa y exaltada Belleza; y, lo diría, si no existiese aquel maravilloso: Dominique, de Fromentin; ese prodigioso Breviario de Vida Intima y de emoción personal, que para mí, no tiene semejante, sino en el Diario de Amiel: el principio interior de la Vida, canta allí;

con Balzac, el Enorme, la novela, cumple su periplo de poetización: sale de los mares del Ensueño, y pisa en tierra firme;

las selvas profundas de la Verdad, y de la Vida, se ofrecen a su vista, como los lineamientos de un Continente Virgen;

y, entra en ellas;

entra en la Verdad y en la Vida;

con Flaubert, cuya producción exigua y perfecta, lo reduce cuasi a las proporciones de un Heredia de la prosa, la novela entra en el Arte, el bovarismo hace su aparición, y lo llena todo...

no es una escuela, es una epidemia;

con el bovarismo, la novela entra en la psicopatía, pero, no entra aún en la humanidad.

.....
.....

la hora ha llegado

el Apóstol va a venir;

uno como estremecimiento de selvas, anuncia su aparición, en la vaga inquietud de las almas;

y, Zola llega;

toda una fauna humana, hace con él su aparición en la novela;

una flora vertiginosa, se abre bajo el cuidado de sus manos homeridas, llenas de un heroico candor;

el ciclo zolaico aparece;

como un inmenso Infierno Social, abre sus bocas de llamas;

cerda de él ¿aun encontráis grandes a Dante?

L'Assommoir, Germinal, Le Ventre de Paris, la Curée, La Débacle, Nana, La Terre;

¡toda la Epopeya Humana, bajo las modernidades luminosas del estilo de más vigor y más relieve, que se haya escrito jamás.